Las mujeres de la independencia según escritores e historiadores chilenos: ejemplarios para las mujeres de fines del siglo XIX

María Teresa Aedo Fuentes
Universidad de Concepción, Chile

Dada la habitual invisibilización de los aportes de las mujeres al desarrollo de las sociedades, llama la atención la temprana publicación de estudios históricos sobre la participación de las mujeres en los procesos de independencia de Chile. *Las mujeres de la independencia* de Vicente Grez en 1878 y *Rasgos biográficos de Mujeres célebres de América* de José Bernardo Suárez en 1871, aportan valiosa información sobre las acciones de mujeres adherentes a la causa patriota. Pero una lectura atenta de estos textos permite observar la utilización de determinados modelos discursivos canónicos –la hagiografía y el ejemplario– que determinan la forma en que se selecciona y organiza la información y en que se construyen imágenes de las figuras femeninas reseñadas. Evidencian una finalidad didáctica-moral dirigida explícitamente a las jóvenes mujeres chilenas de fines del siglo XIX e inicios del XX, que pretende reforzar modelos femeninos tradicionales, que pudieran contener transformaciones sociales y culturales de fin de siglo.

Rasgos biográficos de mujeres célebres de América de José Bernardo Suárez

En *Rasgos biográficos de mujeres célebres de América. Escritos, traducidos y extractados para el uso de las jóvenes* (1871), el reconocido maestro José Bernardo Suárez dedica un capítulo a las "Mujeres célebres de Chile" en el que entrega reseñas biográficas de varias mujeres patriotas. Es una obra con fines didácticos y ejemplarizadores, que alcanzó pronto gran difusión, en 1909 contaba ya cuatro ediciones. No me detendré aquí en su análisis, sólo quiero destacar que Suárez toma de la hagiografía las categorías de "martirios", "tormentos" y "padecimientos" para caracterizar las acciones de amor a la patria realizadas por heroínas chilenas de la independencia y escribir breves biografías, que exaltando algunas acciones extraordinarias trazan el itinerario de una vida. Fue, claramente, una fuente de información para Grez, que lo sigue en varias ocasiones casi textualmente.

Las mujeres de la Independencia de Vicente Grez y su imagen de las mujeres patriotas

Al comienzo de su libro, el destacado escritor y periodista Vicente Grez caracteriza a la generación que denomina de 1810, como la de jóvenes de avanzada que rompieron con el prejuicio de que las mujeres sólo habían nacido para servir en el hogar. El interés de Grez es enfatizar que durante la revolución de Independencia se puso de manifiesto "el alma de la mujer chilena", su carácter de "mujeres varoniles, heroínas tan grandes como los jenerales de la revolución"[1] lo cual resulta sorprendente – señala - dado que salieron del ambiente conventual y el misticismo de la colonia. Explica esta capacidad de lucha y sacrificio por la libertad de la patria anotando que las mujeres de aquella generación ya habían comenzado a recibir instrucción en las ideas de los filósofos ilustrados.

[1] Grez. *Las Mujeres de la Independencia*, 1878, p.6. En las citas del texto de Vicente Grez conservaré la ortografía del original.

Según Grez, tal heroísmo femenino contrasta con la situación presente en que la moral está debilitada, en que "el lujo ha llegado a corromper a nuestras mujeres haciéndolas amar la fortuna mas que la gloria, las comodidades materiales mas que la virtud i la abnegación"[2]. Problema que califica de verdaderamente nefasto, pues podría acarrear la ruina de la sociedad y aunque reconoce que tanto hombres como mujeres han sucumbido al culto al dinero, opina que recae en ellas la posibilidad de salvar a la patria con sus heroicos sacrificios, a ejemplo de las mujeres de la Independencia: "aquellas mujeres que amaban el deber mas que sus comodidades, la patria mas que la familia, la gloria mas que la seda i los encajes"[3].

Así pues, en la apertura de su libro y en el capítulo final denominado "A las mujeres", se dirige sobre todo a las jóvenes, destinatarias directas de su obra, a quienes insta a imitar a "esas mujeres abnegadas que sacrificaron en obsequio de una gran causa todos sus goces i todos sus afectos – hasta los de la familia –"[4]. Llama la atención esta suspensión o postergación del amor a la familia, que se consideraba su mayor contribución a la sociedad, pero este amor privado y personal debe subordinarse al bien público, al mayor bien colectivo que es la patria y al máximo valor que es el amor a la patria. Vemos aquí una de las claves de discursos como el de Grez, laudatorios de los aportes de las mujeres, pero cuya finalidad es contribuir a definir las formas de relación entre lo privado y lo público en esta nueva etapa del desarrollo de la nación, en que el proceso de modernización está produciendo una reubicación y transformación de las relaciones entre determinados grupos sociales. Desde la segunda mitad del siglo XIX se agudizarán los conflictos relacionados con la secularización[5] y a principios del XX el discurso público centrará sus preocupaciones en los síntomas de una aguda crisis social[6]. En una afirmación que parece negar lo que dice reconocer, esto es, las hazañas de las mujeres de 1810, afirma que en Chile "no han existido grandes literatas ni grandes damas, sino mujeres de corazón" y, más categóricamente aún: "Nuestras mujeres han brillado solo por la grandeza de sus sentimientos"[7].

Se trata de una estrategia de "domesticación" y recuperación de lo femenino como emoción y sentimiento que no puede sorprendernos, lo interesante es preguntarnos por los contextos de producción de este discurso y estudiar sus procedimientos de construcción, el aparato retórico, el lenguaje que se utiliza para producir y transformar las significaciones de los hechos relatados.

En este punto, cabe recordar con Luis Iñigo Madrigal (1971) que la obra de corte histórico de Grez tuvo especial aceptación del público lector. *El combate homérico* (1880), sobre la Guerra del Pacífico, contó con 3 reediciones, lo mismo que *Las mujeres de la Independencia*, reeditada en 1910, 1946 y 1966. El hecho de que se haya reeditado en 1910 es particularmente significativo para la lectura que estamos proponiendo, pues es el año del Centenario, epicentro del debate sobre la crisis social y moral de la república[8].

---

[2] Ibídem, p. 8.
[3] Ibídem, p.9.
[4] Ibídem, p.96.
[5] Como demuestra la historiadora Sol Serrano, secularización es un concepto polisémico, alude a un proceso que es institucional y jurídico, que involucra dimensiones sociales y culturales. La secularización, "entendida como la diferenciación y autonomía de las esferas secular y religiosa en los más diversos ámbitos de la sociedad moderna […] no tiene como consecuencia necesaria la declinación de la religión, pero sí su privatización" (Serrano. *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile* (1845-1885), 2008, p. 22). Así pues, ambas instituciones, Iglesia y Estado, sufren importantes y complejas transformaciones en relación con la política y la cultura modernas.
[6] Para una visión panorámica de la participación de destacados intelectuales en los debates sobre esta crisis social surgida en torno a la celebración del Centenario, puede consultarse el artículo de Javier Pinedo, "Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900-1925", *América sin nombre,* 2011, pp. 29-40.
[7] Grez. Ob. cit., p.97.
[8] Cabe hacer notar que Vicente Grez inicia posteriormente su obra novelística, con *Emilia Reynals* (1883); La dote de una joven (1884), reeditada en 1911; Marianita (1885), reeditada en 1899 y 1912; y *El ideal de una esposa* (1887), su novela más renombrada, reeditada en 1911. Son relatos de protagonistas femeninas, que representan vicios y virtudes sociales y que, como vemos, tuvieron también reediciones en torno al año del Centenario.

La recopilación de Grez comienza con las mujeres de los salones de 1810, espacios de reunión y comunicación de los hombres, y de "belleza y dominio de las mujeres". En ellos les correspondió un rol fundamental, pues "se necesitaba de todo el encanto, de toda la fascinacion que ellas ejercen en el espíritu del hombre, para mantener vivo el heroísmo de la gran lucha i la resolucion de morir o vencer a todo trance"[9]. Así pues, los hombres luchaban por un doble ideal: la patria y la mujer amada y eso incentivó su victoria. Entre estas mujeres tan brillantes menciona en primer lugar a "la bella Ana María Cotapos", mujer de gran corazón, "tierna, sensible, enamorada de su esposo, [que] hizo del matrimonio una vida de sacrificios i de esfuerzos heróicos"[10]. Continúa con Javiera Carrera, "una belleza de reina", cuyo nombre destaca por estar envuelto "en una atmósfera de gloria i desgracia"[11]. En sus ojos "centelleaban todas las borrascas del alma, un talento i una instrucción notables para una mujer de su época, i un valor, una abnegacion i constancia dignas de un conquistador"[12]; rasgos todos que "fueron después realzados por el martirio" de ver la suerte corrida por sus hermanos. Se dice que por sobre todo Javiera Carrera amaba la acción, desafiaba el peligro y "tenía por la gloria un amor loco"[13]; perseguía ambición y sueños de poder, "egoísmo de su gloria i de su nombre"[14] que la llevaron según Grez a manipular a sus hermanos. Juzgada en gran parte responsable de la trágica muerte de José Miguel, Luis y Juan José, "el destierro i la desgracia purificaron a esta mujer de las faltas que tal vez cometió". Grez cierra su semblanza con las siguientes palabras, que contrastan con el tono encomiástico y elegíaco que había desplegado a lo largo de este capítulo, y con las que banaliza la figura de Javiera Carrera y la pone de nuevo en su "femenino" lugar: "Vivió 80 años; lo que es una grave falta en una mujer, especialmente en una mujer del gran mundo"[15].

Entre las mujeres que destacaron en los salones, Vicente Grez menciona también a Luisa Recabarren de Marín, en cuyo salón se reunían destacados intelectuales sobre quienes "ejercía el encantador dominio que dá la belleza unida a las altas dotes del espíritu i del corazón"[16]. La fortuna quiso que Luisa Recabarren encontrara "un hombre que realizaba sus sueños de mujer – el estudioso e ilustrado Gaspar Marin – quien "la hizo su esposa"[17], la instruyó y "contribuyó a desarrollar sus fuerzas intelectuales elevándolas a una grande altura"[18]. Ella conocía idiomas y se mostraba "brillante en la conversación i en la polémica, discutia cualquier asunto social o histórico, político o relijioso, con una elevacion de criterio que asombraba a los hombres eminentes que frecuentaban su salón"[19]. Perseguido por los españoles, Marín emigró a Argentina y desde allá intercambiaba correspondencia con su esposa, quien enviaba información y difundía noticias recientes entre los patriotas "reanimando así el abatido espíritu de algunos"[20]. Fue tomada prisionera por los realistas y encerrada en el monasterio de las Agustinas, pero no cedió a presiones y no entregó ninguna información sobre los códigos secretos de los mensajes transmitidos y que al parecer conocía. Finalmente, lograda la reconquista, Luisa Recabarren recupera la libertad y Grez exclama:

> ¡Grandiosa época! Cuan dignas de ser amadas, de ser adoradas de rodillas, eran aquellas nobles mujeres, que, olvidándose de que eran esposas i madres, se inspiraban solo en el

[9] Grez. Ob. cit., p. 17.
[10] Ibídem, p. 19.
[11] Ibídem.
[12] Ibídem, p. 20.
[13] Ibídem, p. 21.
[14] Ibídem, p. 22.
[15] Ibídem, p. 23.
[16] Ibídem, p. 31.
[17] Ibídem.
[18] Ibídem, p. 32.
[19] Ibídem, p. 32-33.
[20] Ibídem, p. 35.

> amor a la patria! Así, con el ejemplo de su heroismo, engrandecian la familia e inculcaban en el alma de aquella jeneracion la idea del deber i del sacrificio, hoi al parecer tan debilitada.[21]

Además de mantener una asociación convencional entre lo Bello y lo Bueno, la belleza como rasgo principal de estas mujeres rupturistas, las retiene en una imagen convencional y estereotipada de lo femenino como objeto decorativo en ámbitos de decisión política y discusión pública. Lo mismo ocurre con el énfasis otorgado a su *dar vida*, aunque se refiera a vida intelectual y a heroísmos de las que son sólo canalizadoras e inspiradoras, pero no gestoras ni protagonistas. En definitiva, en el relato de Grez son los varones quienes reaccionan ante esta belleza y les conceden influencia política a las habilidades extraordinarias de estas mujeres, no ellas las que conquistan nuevas posiciones de poder. Si lo hacen, como ocurre con Javiera Carrera, se rompe la armonía entre lo Bello y lo Bueno, irrumpe el desequilibrio entre fuerzas trascendentes y surge amenazante la sombra del Mal y de la Muerte.

Otra heroica anfitriona de salones patriotas era Agueda Monasterio de Lattapiat, "mujer valiente i abnegada, esa verdadera madre"[22] y "una de las glorias femeninas de la revolución de la independencia"[23], quien convocaba a integrantes de estratos más modestos, aunque trabajadores y educados. Descrita como una "figura noble, llena de altivez y de enerjia. Estrechamente unida a las ideas de su esposo" por las que combatía con un carácter dotado de la "firmeza i resistencia del acero . . . gran fuerza moral, su inquebrantable resolución ante el cumplimiento del deber"[24]. Además, "su conversación embelesaba; expresiva, elocuente, llena de imágenes, comunicaba a los que la escuchaban el fuego de su alma"[25]. Su acción consistió en escribir junto con su hija cartas de aliento e informaciones para los emigrados, secretos y comisiones "difíciles i delicadas… que desempeñó siempre con un tino i acierto asombroso"[26]. Por todos estos rasgos el autor la califica de "mujer varonil", lo que contrasta con su caracterización del gobernador realista Marcó del Pont, "aquel afeminado cubierto de encajes" que jamás libró ningún combate[27], pero que apresó a ambas mujeres y las sometió a crueles presiones para obtener la información que manejaban, como amenazar con cortar frente a la madre la mano derecha de la hija en castigo por escribir con ella cartas patriotas. Pese a este "martirio brutal"[28] no se abatió la naturaleza de Agueda, aunque estos sufrimientos minaron a tal punto su salud que falleció poco después de ser liberada sin alcanzar a ver el triunfo patriota. Es también ejemplo de "mujer varonil"[29] y heroica doña Paula Jaraquemada, quien oculta a patriotas y defiende su hacienda del allanamiento realista exhibiendo, según Grez, gran don de mando y arrogancia.

Por su parte, Rosario Rosales es citada como joven heroica, "ejemplo sublime de amor filial", ya que acompañó a su anciano padre al destierro en la isla presidio de Juan Fernández. Rosario, "adornada con todas las gracias del espíritu, con todos los atractivos de una figura encantadora"[30], insistió ante diversas autoridades y capitanes con una tenacidad que superaba la "energía mas viril"[31] hasta que logra embarcarse para vivir dos años cuidando a su padre en las rigurosas condiciones de la deportación en la remota isla, convirtiéndose en "una verdadera apoteosis a la virtud i a la perseverancia"[32].

---

[21] Ibídem, p. 36.
[22] Ibídem, p. 37.
[23] Ibídem, p. 38.
[24] Ibídem.
[25] Ibídem, p. 39.
[26] Ibídem, p. 40.
[27] Ibídem.
[28] Ibídem, p. 41.
[29] Ibídem, p. 61.
[30] Ibídem, p. 43.
[31] Ibídem, p. 45.
[32] Ibídem, p. 46.

Mercedes Fuentecilla, esposa de José Miguel Carrera, es destacada por Grez por su gran belleza y distinción, por su profundo amor a su esposo, a quien comprende y apoya pese a sus excesos de ambición y temerarias acciones, en un "silencio heroico" que la convierte en ejemplo a destacar:

> Esas almas jenerosas son siempre así, prefieren el sacrificio completo de su vida, tranquilo, sublime, silencioso, Antes que la incertidumbre de hacer cambiar un porvenir, de ser un obstáculo a la gloria del hombre amado.[33]

El silencio es también la mayor virtud de un sinnúmero de mujeres anónimas que nunca delataron a los patriotas que preparaban la llegada del ejército libertador de San Martín, particularmente al guerrillero Manuel Rodríguez, cuyas pistas ocultaban desde "las mas ignorantes campesinas" hasta las "grandes damas de Santiago"[34], en un "admirable complot del silencio femenino"[35] sin el cual no habría sido posible la victoria del ejército patriota y con el que construyeron la leyenda de Rodríguez.

Entre las figuras femeninas ejemplares que mejor representan los valores que el autor desea destacar, se encuentra Manuela Rosas, cuya adhesión a la causa revolucionaria no resulta extraña para Grez, quien recuerda que aunque pertenecía a una familia realista era sobrina de Juan Martínez de Rosas, "i que las ideas de este hombre eminente sedujeron a la entusiasta jóven, arrastrándola del lado de la revolucion, cuya causa abrazó sirviéndola siempre con abnegacion i valor"[36]. En esta descripción, como en varias otras del libro, la mujer carece de ideas propias, simplemente se ve influida y cautivada por las ideas de un varón eminente. El autor elogia a aquellas heroínas que como Manuela Rosas desoyen los deberes de la familia, asumen un deber sagrado y actúan por su amor a la patria, aportando su propio trabajo e influencias, pero también su fortuna, desprendimiento que muy pocos patriotas realizaban[37]; Manuela Rozas, en cambio, "llevó ambas ofrendas al altar de la revolución"[38].

Un caso extraordinario fue también el de María Cornelia Olivares, de Chillán, "a quien podríamos calificar de el *tribuno femenino* de la independencia", dice Grez[39]. No era ya joven,

> Pero era una mujer hermosa todavía. Hablaba con una facilidad estraordinaria, era casi elocuente; su fisonomía movible i espresiva contribuia a dar a su palabra un colorido verdaderamente seductor. En los salones se la buscaba para oirla; era vehemente, fogosa i de una audacia temeraria. Predicaba en todas partes, hasta en la plaza pública, el odio a los estraños opresores de la patria, i exortaba a todos a la lucha, sin temer las consecuencias a que tal conducta podia arrastrarla.[40]

Según Grez, debido a estas características "parecía a veces una mujer iluminada, encargada de alguna misión providencial como Juana de Arco"[41]. Pese a estar muy vigilada y a que se le prohibiera hablar en público, María Cornelia "despreció todos los peligros i un día se lanzó a la plaza a predicar la revolución"[42]. En castigo, para ridiculizarla y escarnecerla los españoles le raparon el cabello y las cejas y la exhibieron largas horas en la misma plaza. "Esta cobarde violencia hizo de ella una heroína i una mártir, las dos formas mas hermosas de la gloria",

[33] Ibídem, 51.
[34] Ibídem, p. 56.
[35] Ibídem, p. 57.
[36] Ibídem, p. 63-64.
[37] Tania Mella recoge información sobre los importantes aportes económicos que efectuaron las mujeres a la causa independentista en su tesis L*as Mujeres en la Independencia de Chile: Acciones y contribuciones.* Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad de Chile, 2004, Cap. V.
[38] Grez. Ob. cit., p. 66.
[39] Ibídem, p. 69. Destacado en el original.
[40] Ibídem, p. 70.
[41] Ibídem.
[42] Ibídem, p. 71.

afirma el autor[43]. Se granjeó así la adoración del pueblo por ese martirio padecido en silencio y en actitud altiva y desdeñosa hacia sus agresores. Luego alcanzó la gloria como "una heroína, una mártir, una inmortal" por el decreto que firmó O´Higgins en que la declaró *ciudadana benemérita de la patria*. En conclusión, afirma Grez "la afrenta la había glorificado"[44]. De modo análogo a Santa Juana de Arco, María Cornelia Olivares recibe una suerte de beatificación, que confirma la adoración que recibe en el altar de la patria por la valentía con que *predicó* el ideal independentista - cual apóstol del Evangelio – y por su heroico martirio.

Antonia Salas, por su parte, es "el ánjel de la caridad"[45] que durante los duros años de la guerra de independencia llevó consuelo espiritual y ayuda material a los desamparados de las casas de caridad, hospitales, cárceles y presidios. Entusiasmada por las ideas de libertad, esta "grande alma"[46] opta por una vida de abnegación, sin que el amor maternal por su propia familia debilitara su caridad. "Sacrificaba no solo su vida sino tambien sus afectos mas íntimos i profundos, en obsequio de sus semejantes"[47], de modo que "jamas se vio entre nosotros fé mas ardiente"[48], pero a diferencia de las beatas coloniales "no pertenecia a ninguna secta: ni era propagandista de aguas divinas ni de reliquias milagrosas. Hacia el bien a católicos i a herejes sin preguntarles sus creencias sino sus males"[49]. La fe y del sacrificio personal se resignifican claramente en estos últimos casos como valores y virtudes sociales, una vez que se logra instalar un sentido sacralizado de la patria. La Patria, que no Matria, se sostiene en la re-canalización de la energía femenina, renovando una heterodesignación convencional en *obediencia* a objetivos definidos desde un lugar exterior y superior.

El libro termina con tres capítulos donde Grez recuerda a la multitud anónima de mujeres que quedó en la ciudad rezando por la victoria de O'Higgins en la batalla de Maipú; a la campesina – "huasa joven todavía y arrogante"[50] que en "rasgo casi increíble de patriotismo i de valor"[51] lanzó el último cañonazo en la misma batalla de Maipú; y a "todos los actos de abnegación ejecutados por mujeres desconocidas"[52]. No obstante, en esos años de muerte, prisiones y deportaciones, las mujeres también "amaron entonces como parece no han vuelto a amar jamás"[53]. Con esto, vuelve a reforzar la idea que había planteado al comienzo del libro: que la capacidad de amar es la mayor fuerza y aporte social de las mujeres.

Discurso hagiográfico o de Vidas ejemplares

Un análisis discursivo del texto de Grez permite observar que, lejos de ser un discurso histórico, *Las mujeres de la Independencia* se desarrolla según las claves del discurso hagiográfico o de las vidas ejemplares, que venía cultivándose desde la Edad Media y que había tenido un particular desarrollo durante los siglos de colonización en América, predominantemente para reforzar la asimilación del orden colonial.

Las ideas independentistas y las que conforman luego las bases de las nuevas naciones, son eminentemente anticlericales y rechazan enérgicamente el pasado colonial y la herencia española definiéndola como retrógrada, ignorante, autoritaria y antimoderna, rasgos que se percibían asociados a la práctica de una religiosidad fanática, supersticiosa, de culto externo,

[43] Ibídem, pp. 71-72.
[44] Ibídem, p. 72.
[45] Ibídem, p. 79.
[46] Ibídem, p. 81.
[47] Ibídem, p. 82.
[48] Ibídem, pp. 82-83.
[49] Ibídem, p. 83.
[50] Ibídem, p. 88.
[51] Ibídem.
[52] Ibídem, p. 91.
[53] Ibídem, p. 92.

manejada por una iglesia contrarreformista e inquisitorial, pilar del orden colonial. No obstante, a pesar de este rechazo generalizado, textos como los de Grez recurren a la retórica religiosa para asentar valores y describir hechos, proyectos y relaciones sociales; en general, para dar prestigio y legitimidad a propuestas políticas y nuevas relaciones de poder[54].

Según Grez, las ideas libertarias que fueron fortaleciendo el proyecto independentista se vieron impulsadas pioneramente en Chile por el fraile Camilo Henríquez quien, cual apóstol de la causa de la libertad, dio con su investidura un respaldo y credibilidad moral a las ideas patriotas, imprimió "cierto carácter sagrado a la revolución" y logró que la "jeneración nacida a la sombra del fanatismo colonial,… acostumbrada a ver en el sacerdote al supremo juez de sus destinos, no pudo ménos de creer justa y santa la causa revolucionaria"[55]. Ejerció, dice Grez, una especial y beneficiosa influencia sobre las mujeres para comprometerlas con la defensa de la libertad de la patria.

Como ya he señalado, Vicente Grez escribe sobre las mujeres de la Independencia casi 70 años después de ocurridos los hechos y, al igual que José Bernardo Suárez, con una finalidad didáctica para las jóvenes de su presente. Esta finalidad lo lleva a seguir el modelo narrativo hagiográfico, pero buscando mantener una relación con la historia y no con la ficción o la leyenda, pues su intención es recuperar – "historiar" – la participación de las mujeres de la generación de 1810, fortaleciendo un sentido de verdad histórica y de pertenencia colectiva que fortalezca la adhesión a la "comunidad imaginada"[56] de la joven nación chilena. Llama la atención la aplicación que hace Grez de este modelo, dado que, según Borja, "los historiadores de los siglos XIX y XX escogieron las crónicas como las únicas representantes de la escritura de la historia… [con] exclusión de textos como las "vidas ejemplares", precisamente, que en su momento formaban parte del corpus de la historia, pero que fueron invalidados por una lectura positivista, debido a que planteaban hechos "prodigiosos", que se consideraban cargados de una alta dosis de ficción"[57]. Es que por una parte, y como señala Borja para el caso de las vidas ejemplares neogranadinas, "se trataba de recurrir a los códigos conocidos por los lectores para elaborar un discurso verosímil, desde el cual la historia se convertía en maestra de vicios y virtudes y alcanzaba su objetivo: enseñar"[58]. Por otra parte, observo que a la manera de lo ocurrido con la influencia de Camilo Henríquez en la causa revolucionaria, se dotaba a la historia de los hechos protagonizados por las mujeres de la independencia de un prestigio y una autoridad que sólo podía conferirles el discurso moral y espiritual de las vidas de santos.

En rigor, la hagiografía es un tipo de escrito que relata la vida de santos con una finalidad edificante, para suscitar la imitación de ejemplos de vida y costumbres. Se centra en una serie de lugares comunes - las virtudes del sujeto - y destaca milagros y hechos extraordinarios como frutos de santidad. Pero además, Borja observa para el periodo colonial que la escritura de vidas ejemplares funciona a modo de "artefactos narrativos con los que se pretende modelar la subjetividad, como también representa las ideologías y los discursos acerca de cómo deben ser y cómo se deben comportar los sujetos"[59]. Grez recupera igualmente este modelo narrativo con el fin de incidir en la construcción de subjetividades femeninas, supuestamente para los nuevos

[54] Un ejemplo significativo es la transposición del discurso religioso y hagiográfico a la novela histórica como estrategia discursiva para dar legitimidad a la ideología liberal, que realiza Manuel Bilbao en su novela *El inquisidor mayor o historia de unos amores* de 1852. Ver artículo de Aedo. "*El Inquisidor mayor o historia de unos amores* (1852) de Manuel Bilbao. Los plenos derechos de la invención". *Crítica y creatividad. Acercamientos a la literatura chilena y latinoamericana.* 2007. pp. 23-43.

[55] Grez. Ob. cit., p. 14.

[56] La expresión es de Benedict Anderson para referirse al concepto de nación. Comunidades imaginadas. *Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, 1993, p. 23.

[57] Borja. "Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Nuevo Reino de Granada". *Fronteras de la Historia*, 12, 2007. p. 53.

[58] Ibídem, p. 64.

[59] Ibídem, p. 56.

tiempos y según marcos ideológicos ilustrados y laicos; pero bajo su capa tan encomiástica de actos patrióticos como condenatoria de las subjetividades femeninas coloniales, persiguen la conservación y renovada vigencia de un modelo de identidad femenina tradicional, subordinada a la guía y palabra del varón, transmisora de valores domésticos, maternos y de obediencia. Sólo que se realiza una laicización de estas virtudes femeninas y de esta fe, y una suerte de endoso de su adhesión religiosa y entrega de su voluntad y su "alma" no ya a Dios y a la Iglesia, sino a la Patria y al Orden público.

El estudio de los contextos y las estrategias de significación dadas por el modelo hagiográfico puede profundizarse de la mano del análisis realizado por Michel de Certeau sobre la hagiografía en su obra *La escritura de la historia,* donde destaca en primer lugar que la hagio-grafía "ilustra una significación adquirida, aunque pretende tratar únicamente de acciones"[60]; es decir, los "hechos" relatados no son solo "cosas", *res*, sino que son ya significantes. En otras palabras, estos "hechos" están al servicio de una verdad previa que determina su construcción, su *edificación*, en el doble sentido de organización del discurso y ejemplarización moral. "Las *res* son las *verba* a las que el discurso tributa el culto de un sentido recibido. Parece como si de la historia se desprendiera la función didáctica y epifánica"[61].

Por otra parte, De Certeau observa que las vidas de santos se inscriben en la vida de un grupo o comunidad ya existente y representa la conciencia que este grupo tiene de sí mismo. Contribuye a fijar etapas, definir y corregir convicciones dentro de las dinámicas sociales que tienden a la proliferación y a la diseminación. A la vez que la vida de un santo establece una distancia con los orígenes, el retorno a los orígenes "permite reconstruir una unidad, en el momento en el que al desarrollarse, el grupo corre el riesgo de dispersarse"[62]; la edificación se propone construir una imagen que actúe como protección ante este riesgo. En el caso de la escritura de Vicente Grez, el recuerdo de la participación de las mujeres en los momentos fundacionales de la joven nación y la explicitación de los valores sociales adheridos a ellas, se hace necesario en el tiempo de crisis que se avecina y que puede resultar aún más difícil de resolver si no se contraen las dinámicas "dispersivas" que se observan en la sociedad chilena hacia fines de siglo. Particularmente, es preciso contener la emergencia de nuevas subjetividades femeninas y formas de incorporación de las mujeres a la actividad laboral profesional y a la participación política y ciudadana, que algunos diagnosticaban como parte de la crisis y que se encontraban con fuertes resistencias. Nos referimos, por ejemplo, a la emergente asociatividad femenina, las demandas por el sufragio y el ingreso de mujeres a la educación superior[63].

Aunque el santo es una excepción, sus lectores ven en este lugar excepcional la posibilidad de un sentido accesible. En el caso que estudiamos, se trata de controlar la elaboración y la interpretación del relato fundacional que, como se sabe, es primordial para instaurar un determinado sistema y "equilibrio" de poder.

[60] De Certeau. *La escritura de la historia*, 1993, p. 257.
[61] Ibídem, p. 257.
[62] Ibídem, p. 260.
[63] En esos años se discute en Chile una reforma al sistema educacional y el 6 de febrero de 1877 Miguel Amunátegui firma el decreto que permite a las mujeres rendir exámenes en la Universidad de Chile para optar a títulos profesionales. Así, en 1887, Eloísa Díaz Insunza se convirtió en la primera mujer en Chile y América del Sur en obtener el título de Médico Cirujano. Por otra parte, como apunta Luis Vitale en su *Cronología Comentada del Movimiento de Mujeres en Chile* (s/f), en 1876 en La Serena y San Felipe, las mujeres votaron en las elecciones presidenciales; ante el reclamo de los Conservadores, el ministro Ignacio Zenteno sostuvo que las mujeres podían votar porque la Constitución de 1833 y la ley electoral de 1874 estipulaban que votaban los chilenos, sin distinción de sexo. Pero luego, en 1884, una Reforma Constitucional dictaminó que sólo podían votar los hombres. Además, comienzaron a surgir las organizaciones de obreras, como la Sociedad de Obreras de Valparaíso en 1887.

Discurso histórico, género y poder

Como ya he anotado, no puede sorprendernos que durante el siglo XIX la historia se escriba por varones y desde una perspectiva androcéntrica, homogeneizante y esencializadora de lo femenino. Lo que parece más interesante es contextualizar estas producciones discursivas y analizarlas como espacios de construcción, reproducción y, eventualmente, transformación de sentidos. En su introducción a *Género e historia*[64], Joan Scott toma como objeto de estudio la producción del conocimiento cultural y se propone el análisis de sus formas discursivas en los textos, problematizando los límites entre las disciplinas relacionadas con la "verdad" y la "ficción". Plantea que "la historia y la literatura son formas de conocimiento si las tomamos como disciplinas o como cuerpos de información cultural"[65]. El análisis de los procedimientos discursivos mediante los cuales se producen los significados y la aplicación de los conceptos de género como categoría de análisis permite "desafiar críticamente las políticas de la historia o de cualquier otra disciplina"[66] así como comprender "la manera en que opera la historia como espacio de producción del conocimiento sobre el género"[67]. Como he mostrado, en el caso de la escritura de Vicente Grez, la aplicación del modelo hagiográfico es fundamental en su forma de construcción del conocimiento sobre el pasado histórico y nos permite comprender que, además de registrar los acontecimientos y las concepciones de género de la época referida, participa activamente en su construcción con un objetivo político de fondo.

En cuanto a la comprensión de los procesos políticos más amplios en que se inscriben los textos analizados, interesa explorar sus vinculaciones con sus contextos de producción y circulación. Observamos que se inscriben en un momento de crisis política y social, en que predomina la idea de pérdida de valores y sentidos colectivos Es un periodo de transformaciones hacia el fin de siglo, en que se están redefiniendo en Chile los espacios de lo público y lo privado, particularmente en torno a la relación entre Estado e Iglesia. En este tránsito, la Iglesia se fue incorporando a la esfera pública moderna en el espacio de la sociedad civil, que no es estatal, pero tampoco es privado. Por su parte, el Estado y la política moderna requieren nueva legitimidad y formas de representación. Tales circunstancias y redefiniciones del poder tienen que ver directamente con las relaciones de género, las conceptualizaciones de lo masculino y lo femenino, el control masculino de los espacios y de las mujeres. Pero son procesos múltiples, complejos, ambiguos, contradictorios. En las últimas décadas del siglo XIX, el liberalismo pretende consumar el proceso de secularización del Estado, no desea la permanencia de las mujeres en los espacios y prácticas religiosas, pero tampoco desea que ellas ocupen los espacios públicos ni asuman la acción política. Para evitar lo segundo, refuerza los significados de lo femenino asociado a la abnegación, al silencio, al sacrificio y, sobre todo al amor sublime más allá del bien personal; pero para ello, paradojalmente, reactualiza el discurso hagiográfico pretendiendo realizar un desplazamiento simbólico y una sustitución de la fe religiosa por la adhesión a un proyecto de nación moderna donde ellas serán las "madres" de la patria. La serie de fisuras y ambigüedades que originará esta forma de construir nación y género, suscitará complejas estrategias de resistencia y de reapropiación discursiva del sentido.

Conclusión

Recogiendo los aportes de Joan Scott sobre género como relaciones de poder, Lola Luna valora esta clave de análisis que permite comprender los procesos sociales y políticos en los que tienen lugar complejas relaciones de poder que no son explicables de acuerdo a esquemas binarios, sino que sugieren "estrategias y alianzas múltiples, es decir, lo que hay detrás de

[64] Scott. *Género e historia,* 2008.
[65] Ibídem, p. 27.
[66] Ibídem, p. 29.
[67] Ibídem.

las exclusiones e inclusiones históricas que hay en torno a las mujeres"[68]. En el análisis aquí presentado, se puede percibir algunas de las múltiples vinculaciones que están gravitando en el complicado sistema discursivo articulado por dos obras del siglo XIX sobre las mujeres de la independencia de Chile, que incluyen a las mujeres para mejor excluirlas de la modernización y de los nuevos espacios creados en el contexto de las transformaciones políticas, sociales y culturales hacia fin de siglo y en el advenimiento del siglo XX.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

BORJA GÓMEZ, Jaime. "Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Nuevo Reino de Granada". Fronteras de la Historia, No. 12, 2007, pp. 53-78.

DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana de México, 1993.

GREZ, Vicente. *Las Mujeres de la Independencia*. Santiago: Imprenta Gutemberg, 1878.

IÑIGO MADRIGAL, Luis. "Vicente Grez: vida y obra". Prólogo a *El ideal de una esposa*. Santiago: Nascimento, 1971, pp. 7-19.

LUNA, Lola. "La historia feminista del género y la cuestión del sujeto". http://www.nodo50.org/mujeresred/f-lola_luna-sujeto.html

MELLA, Tania. *Las Mujeres en la Independencia de Chile: Acciones y contribuciones*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad de Chile, 2004. http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2004/mella_t/html/index-frames.html

PINEDO, F. Javier. "Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900-1925". América sin nombre, No. 16, 2011, pp. 29-40.

SCOTT, Joan Wallach. *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica- Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

SERRANO, Sol. *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2008.

SUÁREZ, José Bernardo. *Rasgos biográficos de mujeres célebres de América*. Santiago: Imprenta Chilena, 1871.

VITALE, Luis. *Cronología Comentada del Movimiento de Mujeres en Chile*. http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/fmu/e.pdf

[68] Luna. "La historia feminista del género y la cuestión del sujeto". http://www.nodo50.org/mujeresred/f-lola_luna-sujeto.html. p. 106.